

La victoria de Reagan

Ningún Presidente de los EE.UU. que se haya presentado como candidato a reelección en medio de un auge económico ha sido derrotado. Ninguna cuestión relativa a su personalidad y la de su rival, ni ninguna cuestión ideológica ni programática ha bastado para contrarrestar la fuerza de la voz interior que aconseja al votante norteamericano no hacer olas cuando la barca de la economía navega con viento favorable.

Sin embargo, una relación de tres a dos de los votos del Presidente a los del contendor Mondale salen de lo común e inscriben la victoria del Sr. Reagan entre los escasos éxitos electorales "por avalancha" que registra la historia de los EE.UU. Para explicar el fenómeno la coyuntura económica luce insuficiente.

Se ha propuesto una explicación basada en un pretendido error de estrategia cometido por el Sr. Mondale. El, habría consistido en hacer de los impuestos un tema central de la campaña, y haber adoptado el Sr. Mondale el compromiso de elevarlos para reducir el déficit. Es probable que a quienes así razonan les asista razón. Vista la cuestión desde el Uruguay, donde algunos candidatos hablan de gravar más a los que más tienen para mejorar a los que tienen menos, pero ninguno promete sencillamente más impuestos a todos para reducir el déficit, la actitud de Mondale resalta como fuertemente antidemagógica. Por otro la-

do, está el hecho de que, en el momento presente, con una producción en vigoroso crecimiento, el desempleo notablemente reducido, y la inflación sin dar señales aún de reactivarse, el único flanco que ofrecía el Presidente en el terreno de la política económica a un posible ataque se situaba en el sector de los déficit fiscal y de cuenta corriente exterior, estrechamente emparentados entre sí. Si el Sr. Mondale por prudencia se abstiene de entrar en el área de los impuestos, habría tenido que conceder al Presidente prácticamente todo el campo económico y ello podría haber resultado peor.

En una campaña electoral son tantas las variables que inciden, que el resultado es difícil de analizar. Con el beneficio de la visión retrospectiva los analistas bien pueden terminar calificando de errores la mayor parte de las posturas del perdedor, mientras que si el resultado hubiese sido el inverso habrían exaltado su agudeza por haber estructurado su estrategia electoral con tantos aciertos.

Nosotros pensamos que no debe subestimarse en la explicación del resultado la influencia de la buena suerte del triunfador. Tal vez dentro de algún tiempo podamos volver sobre el tema y llegar a la conclusión de que noviembre de 1984 era el momento ideal para la confrontación, en el sentido de que la constelación de crecimiento, desempleo e inflación se halla ordena-

da hoy en día de una manera más favorable para el Presidente de lo que lo han estado en el pasado reciente o es probable que lo esté en el futuro cercano.

Al destacar el peso del factor aleatorio estamos enfatizando la limitación que sentimos pesa sobre los observadores para discernir las causas profundas del desenlace. Dicho esto, nos parece digno de destaque que el electorado norteamericano haya ungió con una victoria singular a un hombre de la posición política e ideológica del Sr. Reagan.

En los EE.UU. el Sr. Reagan es clasificado, y él se ve a sí mismo como conservador. En el Uruguay lo clasificaríamos como liberal. En los EE.UU. perciben al Sr. Mondale como "liberal" porque allí el vocablo ha mudado su vieja acepción europea, y sirve para designar a quienes se inclinan por una mayor intervención del estado para lograr, a través de su acción consciente la aproximación de la sociedad a un cierto paradigma.

El Sr. Reagan se cuenta entre los que desconfían de esa clase de accionar deliberado, y encuentran en la obra de la espontaneidad histórica, como diría Ortega, la ley del cambio que es preciso obedecer y los valores que conviene exaltar. He aquí el elemento conservador de su postura.

Pero el conservadurismo

como apego a los valores e instituciones tradicionales, como afirmación de la moral tradicional, como estimación de la religión, de la familia, de la propiedad, es tributario de una teoría que explique como la espontaneidad histórica puede operar en el seno de la sociedad, y conducir a ésta por caminos orientados hacia los valores tradicionales sin necesidad de la dirección consciente de una autoridad, al contrario, sólo a condición de no padecer esa dirección deliberada desde lo alto. Esa teoría pertenece al liberalismo.

Es la doctrina que enseña cómo y por qué la libertad es creativa, y el gobierno salido de madre es destructor.

El Sr. Reagan como todo político, es pragmático y siempre se muestra dispuesto dentro de límites razonables a la concesión dictada por consideraciones de expeditividad. Pero sus ideas tal como sus palabras y las de sus colaboradores las manifiestan, y en buena medida su accionar desde el gobierno, reflejan esa postura liberal - conservadora (usando el primero de los vocablos en la vieja acepción, a la que los europeos y nosotros nos atenemos) que procurábamos esbozar.

Para sintetizarla, en los términos más sencillos posibles, diríamos que el Sr. Reagan persigue reducir el papel del estado dentro de la sociedad, hacerlo retor-

nar hacia las funciones que tradicionalmente se han reconocido como su territorio natural.

No decimos que haya alcanzado su señalada victoria porque pertenece a esa familia ideológica. Sí decimos que es significativo que uno de esa familia haya ganado tan resonante éxito.

Los EE.UU. no habían tenido un presidente conservador desde Calvin Coolidge. En realidad desde Franklin Roosevelt y el New Deal, la perspectiva de un conservador en la Casa Blanca lucía implausible. La derrota aplastante del único candidato conservador que llegó a contestar unos comicios presidenciales, Barry Goldwater, a manos de un ultra-liberal (al menos en la dimensión fiscal) como Lyndon Johnson, pareció confirmar que el repertorio de posibilidades de los EE.UU. ya no incluiría la de una presidencia conservadora-liberal.

En el Uruguay se ha sostenido en los últimos tiempos que una postura liberal sólo podría ser implantada por gobiernos dictatoriales, nunca democráticamente.

Así lucían las cosas también en los EE.UU. y Europa hasta unos pocos años atrás. El significado de la victoria reiterada y aplastante de Ronald Reagan, tras la victoria reiterada y aplastante de Margaret Thatcher, bien puede resumirse en la contradicción frontal de esa afirmación.